

Besad en la mejilla al traidor

BASILIO BALTASAR

Estando cerca los duelos de la Semana Santa, cuando con desigual entusiasmo los católicos españoles se prestaban a conmemorar los sangrientos episodios de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo, dos noticias surgieron y se extinguieron juntas en el fugaz destello de la actualidad informativa.

En una choza alejada de todo bullicio, en el distrito irlandés de Co Donegal, fue encontrado sin vida el cuerpo de un hurraño y envejecido héroe nacionalista. Denis Donaldson, compañero carcelario del legendario Bobby Sands, jefe del aparato administrativo del Sinn Fein en el Parlamento de Stormont y colaborador cercano al líder republicano Gerry Adams, fue asesinado de un tiro y casi nadie evitó vincular el crimen a una inesperada y lacónica confesión. Mientras parecía irse encauzando el proceloso plan de paz y desarme irlandés, Donaldson tomó la decisión de sorprender al mundo —y a sus atónitos camaradas— reconociendo que a pesar de su ejemplar trayectoria de lucha y sacrificio nunca había sido más que un agente de la Corona Británica, un infiltrado a sueldo de los servicios de espionaje inglés.

Es insondable la consternación que sus palabras causaron entre los seguidores de la causa republicana y tremenda la doble humillación sufrida al calcular cuántas veces habrían sido traicionados por uno de sus dirigentes.

Por las mismas fechas, la sociedad National Geographic anunciaba la inminente publicación de un papiro escrito en lengua copta hace 1.800 años y conservado en el fondo de una cueva hasta su descubrimiento en 1970. Después de pasar por las codiciosas manos de sucesivos traficantes de

antigüedades, el manuscrito ha sido nuevamente rescatado y puesto a disposición del equipo suizo encargado de su transcripción y traducción. A su director, el anciano profesor Rodolphe Kasser, le ha correspondido el privilegio

de restaurar un documento que se daba por perdido.

Tratados por la Iglesia Católica como herejes, y sometidos por ello a la suerte que les tenían preparada, los autores del sorprendente *Evangelio de Judas*, conde-

nados por la doble afrenta de ensalzar a un traidor y suicida, descubrieron en Judas al predilecto y mejor informado amigo de Jesús. El más generoso y valiente de los apóstoles.

El encuentro de estos persona-

jes —Donaldson y Judas— ha durado poco en la azarosa compaginación de los periódicos, pero el juego de simetrías entre la felonía del traidor disfrazado de patriota y el sacrificio del amigo disfrazado de traidor enriquece el significado de una figura que nos habíamos limitado a denostar.

La *invención* del traidor y su vitalidad a lo largo de nuestro ciclo cultural es algo que llamamos poderosamente la atención de Jorge Luis Borges. Tanto que en 1944 el escritor argentino incluyó en su volumen *Artificios* dos cuentos dedicados precisamente a los asuntos que ahora publica la prensa: la traición en la epopeya nacional irlandesa y la especulación sobre la verdadera naturaleza de Judas.

En el *Tema del traidor y del héroe*, con la avara y elegante economía de recursos narrativos que le hizo célebre (más que cuentos, sus ficciones son menciones), Borges cuenta el secreto del heroico y bello asesinado Fergus Kilpatrick. Un dirigente audaz admirado por su arrojo y carisma pero finalmente descubierto como el delator que ponía a sus propios hombres en manos del enemigo.

Una vez superada la congoja que agobia a los jefes republicanos, el traidor es condenado a muerte. Aunque para evitar los males derivados de la verdad se le concede la gracia de morir asesinado como el patriota que dijo haber sido. Kilpatrick pasa luego a la historia como un mártir de la causa.

El enigma de la complicidad entre credulidad y engaño se prolonga en el cuento que Borges dedica al fundador de la traición, al patrón de los delatores. En *Tres versiones de Judas* nuestro autor elabora unas hipótesis alternativas a la lectura devota del

Pasa a la página siguiente

MÁXIMO



Qué ha ido mal en Estados Unidos

DOMINIQUE MOISI

La edición más reciente de la Encuesta Pew sobre Actitudes Globales demuestra que las opiniones favorables hacia Estados Unidos han caído nuevamente en 12 de los 15 países en los que se ha realizado, un triste reflejo de la pérdida de imagen de un país. ¿Cómo puede Estados Unidos recuperar la legitimidad internacional? Éste es probablemente uno de los retos más importantes para el mundo actual, porque Estados Unidos conserva un poder único que debería usarse —y percibirse— como fuerza del bien si queremos que prevalezca la estabilidad mundial. Casi dos décadas después de la desaparición del imperio soviético, destaca la sensación reinante de oportunidades perdidas. Estados Unidos tuvo al final de la guerra fría la oportunidad única de usar su superioridad benévola e ilustrada para establecer un orden internacional mejor. Pero, por una mezcla de razones políticas y personales, perdió tiempo bajo las dos legislaturas de Bill Clinton.

En efecto, durante este “momento unipolar” necesariamente breve y frágil, Clinton probablemente intuyó cuáles deberían ser las nuevas responsabilidades de Estados Unidos, pero no las plasmó. La derrota de los demócratas en las elecciones parciales de 1994, seguida del escándalo de Monica Lewinsky, dificultaron la eficacia de uno de los presidentes más enérgicos y dotados de Estados Unidos. El fracaso quedó ejemplificado en la incapacidad para imponer un acuerdo de paz

a palestinos e israelíes en 2000. Por el contrario, George W. Bush no perdió el tiempo. Hizo algo peor: sencillamente tomó el giro equivocado, y lo tomó *antes del 11-S*, un suceso traumático que reforzó, pero no engendró, la visión maniquea que Estados Unidos tiene de sí mismo y de su papel en el mundo. Tres ejemplos recientes ilustran qué ha ido mal en Estados Unidos, la pérdida de su prestigio único, y su creciente imagen en el mundo de fuerza partidista y poco ética, si no desestabilizadora.

Pensemos, en primer lugar, en el reciente acuerdo nuclear firmado entre Estados Unidos e India. En términos estrictamente jurídicos, no hay nada de malo en él, dado que India no ha firmado el Tratado de No Proliferación Nuclear. Pero desde los puntos de vista psicológico y político sólo podía percibirse que el acuerdo firmado legítima las ambiciones nucleares de Irán, por no mencionar las de Corea del Norte. Es la prueba suprema de que el Gobierno de Bush no cree en las normas universales. A un país “bueno” lo

tratan con extrema indulgencia, mientras que a un país “malo”, no. Guantánamo, Abu Ghraib y otros escándalos recientes de crímenes de guerra han hecho un daño mucho peor al renombre de Estados Unidos. Regímenes que incumplen sistemáticamente los derechos humanos se han apresurado a sacarle partido a cada episodio de infracciones estadounidenses. Con su propio expediente de derechos humanos en tela de juicio, Estados Unidos, que en el mundo de posguerra era el *profesor* democrático, se encuentra en una posición mucho más débil para dar lecciones y establecer criterios. Y la apariencia de hipocresía no acaba ahí. En una época en la que “democracia” y “democratización” se han convertido en consignas de la política exterior estadounidense, la normalización de las relaciones diplomáticas con la Libia de Gadafi, por no mencionar la indulgencia con Egipto y Arabia Saudí, difícilmente elevan la credibilidad de Estados Unidos.

En términos generales, el contraste entre lo que Estados Uni-

do dice y lo que hace es manifiesto. En febrero de 2005, en un gran discurso pronunciado en París tras su primer viaje al extranjero como secretaria de Estado, Condoleezza Rice hizo saber la ambición de Estados Unidos en el mundo. Dijo básicamente lo siguiente: “La función del mundo es mejorar el mundo. Estados Unidos, el país más poderoso y ético del mundo, tiene una responsabilidad única que cumplir”. Dieciocho meses después, los resultados se han quedado muy lejos del objetivo. Por el contrario, los fracasos de la política estadounidense han contribuido a reducir más la legitimidad de su poder. A pesar de la reciente muerte de Al Zaraqai en Irak, la situación allí, y en Afganistán, no justifica el optimismo que mantiene el Gobierno de Bush. A medida que la legitimidad estadounidense disminuye, nuevos actores van apareciendo en la escena mundial, o volviendo para repetir. Hoy, Rusia y China no sólo están unidos por sus acuerdos energéticos, sino también por la convicción de que ha llegado su

momento, y de que el mundo lo necesita más de lo que ellos necesitan al mundo, en especial Estados Unidos.

Desde el punto de vista estratégico, la menguante influencia de una Europa paralizada también es una mala noticia para Estados Unidos. Éste necesita ahora más que nunca aliados, porque el mundo está volviendo al estado multipolar de antes de la guerra. Por supuesto, dada la superioridad militar objetiva estadounidense, yo lo llamaría “multipolaridad asimétrica”. Pero Estados Unidos ya no es el país que otros aspiran a emular, o al que miran en busca de liderazgo mundial. Es demasiado pronto para despachar a Estados Unidos y proclamar el fin de un momento imperial. Estados Unidos conserva cualidades exclusivas, en especial su capacidad para reaccionar. El próximo presidente o presidenta estadounidense debería ser capaz de aprovechar el optimismo, pragmatismo y activismo básicos de sus compatriotas. Pero a él o ella se le hará muy cuesta arriba demostrar al mundo que su país puede ser una fuerza del bien, un faro democrático que se preocupa por el planeta y que acata los criterios que establece para los demás.

Dominique Moisi, fundador y asesor jefe del Instituto Francés para Relaciones Internacionales (IFRI), es actualmente catedrático del College of Europe, en Natolin, Varsovia.

Traducción de News Clips.

© Project Syndicate, 2006.

Besad en la mejilla al traidor

Viene de la **página anterior**

Evangelio canónico. En la primera versión se presenta a Judas como un revolucionario impaciente que quiere precipitar el levantamiento contra Roma. La segunda versión lo describe como el más serio y consecuente de los Apóstoles: si Dios se rebaja a ser hombre, el hombre que lo ayude a cumplir su misión bien puede rebajarse a ser un traidor. La tercera versión es la más imaginativa y radical de las herejías y ni siquiera los *cainitas* se atrevieron a pensarla. Dios descubre la magnitud de la perdición a la que se aboca una Humanidad cruel y estúpida y comprende que morir por ella una sola vez no será suficiente. En el drama de la redención que ha ideado se reserva un papel más eficaz. Una inmolación permanente, vivir siempre en perpetuo desprecio y maltratado, permitirá redimir a los hombres una y otra vez: Dios se encarna en Judas.

Las relaciones entre literatura y realidad son tan sofisticadas como confusas. Hoy leemos en la prensa lo que Borges consideraría *prefigurado* en sus narraciones pero no hace falta imputarle

veleidades proféticas para apreciar estas curiosas correspondencias. A veces nos parece evidente que los conflictos humanos suministran material inédito a las tramas de la ficción pero otras reconocemos en las historias imaginarias el modelo que imitan los humanos desorientados. El argumento recitado desde el púlpito durante 1.700 años ha tenido una obvia influencia en el estilo con que la sociedad europea se gobierna a sí misma. A lo mejor no se ha perfeccionado el heroísmo moral proclamado pero sin duda se ha conseguido canalizar el odio colectivo hacia esa nueva versión de *chivo expiatorio* elaborada por los evangelios (los artistas siempre vieron a Judas con cara de cabra enloquecida).

Esta popularidad nos permite comprender la fascinación que hoy excita la personalidad de Judas Iscariote y nos ayuda a rastrear el origen de la sospecha que su comportamiento ha levantado a lo largo de los siglos. Pues gran parte de los dilemas y dificultades de su figura provienen de los problemas narrativos que los evangelistas no supieron resolver.

Es tan inverosímil el papel de Judas en el drama —¿para qué lo necesitaba el Sanedrín, o Roma, o el populacho?— y tan postiza la tarea asumida en la esce-

na del prendimiento —¿un beso en la mejilla!— que no hay modo de perdonar a los autores su indolencia. Sólo la fuerza dramática del atormentado arrepentimiento de Judas y lo ominoso de su falta explica que se haya pasado por alto la falacia de su inexplicable aparición en escena.

Quizá los autores se sintieran obligados a plagiar de un desconocido precedente literario la *necesidad* del traidor o su talento creativo fuera suficiente para inventar al personaje aunque no para justificarlo en la lógica de la acción. Quién sabe. Lo cierto es que los autores de este nuevo drama sobre el tema del *dios sacrificado* aceptaron introducir en su relato al *fundador* de la traición y así pudieron legarnos la poderosa leyenda que ha conformado desde entonces un recurrente reparto de papeles. El traidor ha venido siendo no sólo el decepcionante hombre leal al otro bando, sino el vivo equivalente de aquel terrible *traidor de Dios*, el más abyecto de los pecadores.

Sin embargo, y contrariamente a lo que suele creerse, las deficiencias narrativas no son fruto únicamente de autores cansados proclives a concluir irreflexivamente sus historias. A veces los acontecimientos se despliegan ante nuestra perpleja mirada sin que sepamos a quién atribuir las

incongruencias que nos confunden. La confesión y asesinato del falso dirigente nacionalista Donaldson es un buen ejemplo. Si nos negamos a considerar la desesperación como causa de su *suicidio*, no es fácil entender qué diantre pretendía conseguir poniéndose al alcance de la ira de sus antiguos camaradas. ¿Fue su confesión un último servicio de lealtad a la Corona británica? ¿Quiso desmoralizar a los nacionalistas irlandeses poniendo en duda la fidelidad de sus dirigentes? ¿Intentó demostrar a sus jefes el riesgo de confiar en los terroristas? ¿Quiso ser el primero en abrir la caja de los truenos, la caja de los traidores ocultos?

En algo de todo esto debía estar pensando Martin McGuinness, *número dos* del Sinn Fein, el brazo *político* del IRA, cuando leyó en la prensa las declaraciones de un antiguo miembro del servicio de espionaje británico, en las que le denunciaba como un espía a las órdenes de su Graciosa Majestad. Obviamente, el líder republicano cuyo rostro circunspecto y simpático se ha hecho tan popular en todo el mundo, se apresuró a negar la imputación. ¿Qué otra cosa podría hacer un hombre acusado de ser un *Judas*?

Entre los dilemas de perturbadora elección que deberá afron-

tar el Gobierno español durante su negociación con ETA estará el expediente de los traidores. Pues en modo alguno podrá consentir que mientras se cumplen o agotan las fases del acuerdo se lleve a cabo un metódico y furtivo ajuste de cuentas.

Será interesante ver entonces cómo contribuyen los dirigentes de ETA a resolver el asunto y comprobar el tratamiento que finalmente dan a sus íntimos y *familiares* traidores. Después de cuatro décadas de aquellarre sangriento habrá que ver cómo se descubren los delatores abnegados, los mentirosos impostores, fervorosos impostados, crédulos engañados, asesinos disfrazados, falsos disidentes, falsos dirigentes, falsos neutrales, pistoleros, confidentes, mercenarios y psicópatas emboscados. ¿Los considerará ETA parte sustancial del compromiso que debe firmar? ¿Les concederá el perdón y la amnistía que ella misma espera y exige recibir?

Si es cierto que los *agentes* de ETA están dispuestos a firmar la paz definitiva con el Gobierno deberán encontrar cuanto antes a sus traidores y pensar, a la luz del *Evangelio de Judas*, qué mejilla les conviene besar. Pues ahora ya sabemos que el traidor puede ser el más fidedigno de los cómplices.

CARTAS

AL DIRECTOR

Los textos destinados a esta sección no deben exceder de 15 líneas mecanografiadas. Es imprescindible que estén firmados y que conste el domicilio, teléfono y número de DNI o pasaporte de sus autores. EL PAÍS se reserva el derecho de publicarlos, así como de resumirlos o extractarlos. No se devolverán los originales, ni se dará información sobre ellos. Correo electrónico:

CartasDirector@elpais.es

Andalucía@elpais.es

Bilbao@elpais.es

Cataluña@elpais.es

Valencia@elpais.es

Una selección más amplia de cartas puede encontrarse en: www.elpais.es

Hay que saber competir

Una vez más, el Mundial acaba temprano para España. La cantinela es siempre la misma, que si tenemos un buen equipo, que si jugamos muy bien, que si goleamos a Ucrania... pero lo cierto que es que el día D y a la hora H siempre pasa algo.

Es hora de que de una vez abramos los ojos; España no es una selección competitiva, quizá porque los jugadores españoles no son los que deciden en sus clubes, quizá. La competitividad es la competencia intensa para conseguir un fin. Y ese fin es ser el primero. No hacerlo bonito, no hacer amigos, ganar y hasta que no se reconozca eso seguiremos poniendo paños calientes en las derrotas. Podríamos decir que España mereció más, o que Francia no fue mejor. Mentira, sí lo fue, por eso ganó, porque compitió mejor que España, y hasta que la gente no asuma eso y llame a las cosas por su nombre seguiremos viendo finales por la tele. Por lo menos en fútbol, porque el equipo de baloncesto sí que es competitivo y sí que va a ganar el Mundial de Japón este verano.— **Fernando Javier Sanz Vidrreta**. Madrid.

de los hielos del norte, haciendo esta empresa realmente difícil y peligrosa.

El cambio climático nunca se puede presentar como una oportunidad ventajosa para un futuro mejor, ya que si no lo frenamos no habrá futuro posible. Para nadie.— **Sara Pizzinato**, responsable de la campaña de Cambio Climático de Greenpeace.

Importante olvido

En el artículo *España debe romper el manto del silencio*, el historiador inglés Anthony Beevor trata de hacer una síntesis de la historia de España contemporánea. Creo que comete un grave olvido, y es el papel del Comité de No Intervención promovido y sustentado por los Gobiernos francés y británico de la época. Gracias a ese Comité se toleró la participación de unidades militares de los ejércitos alemán e italiano en la guerra. Baste recordar la Legión Cóndor —bombardeo de Gernika— o la División Littorio —derrotada en los campos de Guadalajara—. Pero lo más importante que consiguieron fue el ahogo de los abastecimientos del ejército republicano y de la población. Sin una adecuada logística poco podían hacer las unidades republicanas. El Comité de No Intervención y después el Pacto de Múnich sellaron la suerte de la República Española.

Es mi modesta opinión, por supuesto no de historiador, pero sí de superviviente de aquellos años.— **Luis de Azcárate Diz**. Pozuelo de Alarcón, Madrid.

Deuda externa por educación

El Gobierno español ha promovido canjes de deuda externa por educación como una manera de financiar el logro de las Metas del Milenio pactadas en Naciones Unidas el año 2000, que incluyen entre otras el acceso universal a la educación primaria. Sin embargo, parece que en realidad esta

buena idea se ha trasladado a la promoción comercial de España que pone como condición a los países la compra de bienes y servicios españoles en el canje.

Esto no sólo encarece los bienes y servicios comprados por el país en desarrollo, que supuestamente se "beneficia" con dicho canje, sino que transforma el instrumento en uno de promoción comercial española, replicando de este modo el mecanismo utilizado en los créditos FAD (Fondo de Ayuda al Desarrollo), que son los que dieron origen al instrumento canjeado.— **Oscar Ugarteche**, investigador titular del Instituto de Investigaciones Económicas UNAM México y cinco firmas más.

Hacer decorados

El domingo pasado tuve la oportunidad de leer su suplemento (o debería decir *publirreportaje*) sobre la Expo 2008 a celebrar en Zaragoza y he de decirle que, sinceramente, esperaba ver, cuando menos, una opinión mínimamente crítica que complementara toda una retahíla de alabanzas basadas hoy por hoy en nada, porque todo lo que sabemos muchos zaragozanos de la Expo son costosísimas campañas de publicidad y declaraciones triunfales desde algunas instituciones.

Pero la Expo también es el azud del Ebro, ampliamente criticado desde grupos ecologistas y vecinales, o los pisos a 600.000 euros de Ciudad Expo, o el teleférico con su museo del Yeti, una de las cosas más estrambóticas que he oído en mi vida, o simplemente la desaparición del soto y huerta de Ranillas, una huerta con 800 años de historia a sus espaldas.

Eso sí, esas cosas se saben, pero no se hablan o se hace con sordina, como esta carta, de un zaragozano que piensa que en una ciudad se debe hacer paisaje, no decorados, y que, como tantas otras en tantos otros medios, a lo mejor nunca ve la luz.— **J. Manuel Santo Tomás**. Zaragoza.

Aznar y el pluriempleo

A raíz de conocer la noticia (EL PAÍS, 28/6/2006) sobre el nuevo empleo de Aznar, he quedado perplejo, si es que no estoy equivocado. Creí leer la semana pasada que Aznar renunciaba a su cargo en el Consejo de Estado, por incompatibilidad con este nuevo empleo en el consejo del imperio Murdoch. Si resulta que ya trabajaba para dicho empresario desde el 2004, poco después de dejar la Presidencia del Gobierno, ¿no era ese empleo incompatible, dado que el trabajo y el sueldo es casi el mismo, o depende del cargo de "consejero", que antes era de "consultor"?

Nadie le discutirá su derecho a trabajar y a ganar dinero, sea escribiendo libros, dando conferencias en Georgetown, dirigiendo la FAES o como miembro del Consejo de Estado, aunque fue el primer ex presidente que lo aceptaba, pero me pregunto: ¿la pensión de la que disfruta es tan miserable que "no le llega", o es que ha renunciado a ella por patriotismo y se gana la vida al margen de las arcas del Estado? De un patriota como él se puede esperar todo, aunque no sea del todo digno.— **José-Ulpiano Pérez**. Sant Pere de Ribes, Barcelona.

Cambio climático en el Ártico

Le escribo para expresar la preocupación que ha despertado en Greenpeace la ligereza con la que se trataba, en el artículo de Rafael Méndez del pasado domingo 11 de junio, en el suplemento de *Domingo*, las inversiones en nuevos proyectos de explotación de combustibles fósiles en las zonas que el deshielo del Ártico está dejando libres a causa del cambio climático.

A pesar de que el texto estuviera muy claro y alarmara con datos irrefutables sobre los cambios que el calentamiento global está y va a seguir generando, es difícil de entender cómo se puede presentar este fenómeno como un "desafío fascinante" para descubrir y tener acceso a "fabulosos yacimientos de gas y petróleo antes inaccesibles".

No es razonable presentar un título en el cual el cambio climático se propone como el chollo del siglo para la carrera a la extracción de más petróleo o gas de las zonas que se irán haciendo accesibles a causa de la quema de los mismos combustibles fósiles.

Posiblemente, más apropiado hubiera sido "Los más ricos del cementerio. Cómo seguir ganando

dinero excavando nuestra fosa". El artículo recoge una realidad espeluznante: ante la evidencia del cambio climático y sus efectos devastadores, unos pocos no pueden dejar de pensar en el dinero a corto plazo, perpetuando el mismo modelo que está hundiendo el planeta. Y es lógico que existan mientras no se tomen medidas para que las empresas tengan que pagar por contaminar y mientras emitir gases de efecto invernadero no sea realmente caro gracias a Planes Nacionales de Asignación demasiado generosos. Lo que echo de menos en este artículo es que no se haga más hincapié en el círculo vicioso que se está generando con esta ciega carrera a los nuevos yacimientos de combustibles fósiles. Es fundamental que el público entienda la relación directa entre la quema de los combustibles fósiles y la mayor amenaza a la cual el planeta se está enfrentando en estos momentos.

En estos momentos, dos exploradores de Greenpeace están en su 45º día intentando cruzar a pie el océano Ártico para llegar al Polo Norte. Este proyecto, llamado Thin Ice, está poniendo de manifiesto una vez más cómo está cambiando dramáticamente el perfil